

DHARANA¹ de Un aristócrata bizantino

El rumor se esparció como la pólvora. En el noreste de la India, en un punto entre la región de Bengala Occidental y el Nepal, entre las desangeladas cordilleras próximas al país de Bután, los sacrificios de generaciones y generaciones de *rishis* famélicos y despojados habían dado sus frutos. Una de las múltiples comunidades de anacoretas que sobreviven entre los nidos de las águilas, después de doce años de penitencia ritual dedicada al culto de Indra, había sido completamente iluminada, como si el mismo Surya se hubiera desprendido sobre ella.

Los novicios que habitaban con estos experimentados ascetas se apresuraron, siguiendo sus órdenes, a descender los amorfos peldaños, cubiertos por ventiscas, que llevaban hasta los poblados y núcleos urbanos más cercanos, llegando al séptimo día a Jadhapara y en la segunda semana al distrito de Drjeeling, a las faldas del Himalaya. Consigo traían la impaciencia de quienes han visto elevarse hasta las estrellas las murallas de la naturaleza: como quien ha asistido a un milagro y quiere mantenerlo vivo con sus palabras. Balbuceaban atropelladamente a los habitantes locales en un dialecto en el que confluían expresiones y formas del bengalí, del *dzonghka* y del antiquísimo sánscrito védico, por lo que los más destacados brahmines de las aldeas y pueblos colindantes no tardaron en llegar para intentar descifrar a qué se referían, con tanto entusiasmo y urgencia, estos jóvenes desconocidos.

Gracias a los esfuerzos de estos sabios, la niebla en torno a lo que les había ocurrido pudo disiparse, pero no por ello se extinguió el misterio que les envolvía: más bien, no hizo más que volverse más denso y atrapante. Lo que aquellos estudiantes del *atman* narraron dejó mudos a más de uno de los que consiguieron entenderles, puesto que se referían a un tesoro que eclipsaba incluso a todos los que se pueden encontrar junto a las tumbas de los reyes de todo el mundo.

Todavía conmocionados contaron cómo habían asistido al descubrimiento, por parte de sus maestros, los venerables ascetas del templo de las cumbres, de un mantra inaudito, el cual era capaz de trasladar, en un tiempo insignificante, casi instantáneamente, a quien lo recitara al éxtasis místico más supremo, haciéndole brillar como el pálido sol del amanecer y levitar superando las determinaciones que, habitualmente, nos encadenan a la superficie. Juraban, por todos los *devas* y *asuras*, que habían contemplado con sus propios ojos a sus ancianos instructores transformarse en tenues sombras de oro coronadas con la sonrisa inconfundible de la satisfacción, de la plenitud, y que precisamente estos les habían instado a

¹ Concentración, atención o fijeza del pensamiento.

descender los picos, donde vivían casi desde su nacimiento, para transmitir el prodigio y llevar consigo, de vuelta al santuario, a suficientes testigos como para acreditar la autenticidad de la salmodia que la meditación les había revelado, de su logro y de su completa sintonía con *Brahman*.

Pese a los recelos iniciales, un nutrido grupo de entusiastas del esoterismo y las artes ocultas accedieron a su petición de acompañarles en su viaje de retorno, aunque la imposibilidad de encontrar referencias sobre su destino les intranquilizaba y alimentaba sus peores presagios: con todo, se zambulleron en la noche sin mirar atrás, a ciegas, en dirección a una ubicación desconocida. Cuando ya habían pasado casi dos semanas en pleno corazón de la cordillera de Kanchenzonga los ánimos de la expedición bullían como una olla de aceite herméticamente cerrada y solo los niños, que eran sus guías, mantenían la sonrisa y se divertían, ya fuera ensimismándose con los amaneceres, violetas por la altura, o por juegos inocentes y despreocupados.

El resto, por el contrario, se sentían cada vez más estafados y comenzaba a extenderse el rumor entre ellos de que aquel viaje no era más que una burla o, en el peor de los casos, una trampa malintencionada: el espíritu de estos hombres no difería demasiado del que tendría, llegado el momento, una tripulación cuyo navío parece estar varado en medio del océano remoto, en el núcleo de la nada, puesto que, de la misma forma, el horizonte próximo era una quimera que no se desvelaba. Sin embargo, en el momento más crítico, a punto ya de dar media vuelta y abandonar a los supuestos discípulos a su suerte, uno de estos últimos emitió un grito de gloria, una respuesta a las plegarias de muchos: en frente suyo los cimios de un *mandir* colosal y granítico les desafiaba, el cual parecía una extensión de la nieve que lo salpicaba, pues sus muros y ornamentos eran igualmente canos y pulidos.

Sin demora, intentando comprobar, lo más prontamente posible, si se trataba de un espejismo fruto de la locura de su destierro en aquellas tierras anónimas o si era, realmente, el lugar que les habían descrito y al que les habían prometido llevar los novatos iniciados, la comitiva se dirigió hacia él. Estaban ya liberados, el templo era firme como las cumbres que lo acogían, pero aun así el silencio que emanaba más allá de los goznes teñía el instante con una nota de incertidumbre y peligro. Los inexpertos guías fueron los primeros en decidirse a traspasar el umbral y acceder al que era su hogar, detrás hacían eco los pasos, vacilantes, de los sabios que traían consigo. Una vez dentro, en aquella especie de cueva arcaica labrada y policromada, los que quedaron mudos fueron estos, sintonizados con la atmósfera sepulcral que les envolvía, sin poder asimilar aún a lo que estaban asistiendo.

Por todas partes, desperdigados por el suelo, yacían los cuerpos inertes de más de medio centenar de hombres vestidos con las prendas propias de los ermitaños, demacrados pero adornados con leves sonrisas que escapaban de sus comisuras purpúreas. Aquel que se encontraba más distante de la puerta leñosa

sostenía, entre sus extremidades vencidas, un pergamino entintado con inscripciones de una forma de sánscrito desusado, pero todavía legible. Mientras, los novicios del templo se revolvían sobre las siluetas de sus maestros muertos, habiendo perdido toda capacidad de habla y llanto, sus altruistas acompañantes se acercaron, por vez primera visiblemente excitados y descompuestos, a inspeccionar el contenido del fascinante manuscrito.

Pudieron comprobar, de primera mano, que el mantra que les había traído efectivamente existía y que, además, permanecía intacto. No tardaron demasiado en deducir que el estado de aquellos ancianos era fruto de la exposición a él y que, a juzgar por el sesgo pacífico de sus rostros, habían fallecido en plenitud armónica, probablemente hallando la tan ambiciada *moksha*. Este era un descubrimiento sin comparación, nunca nadie había sabido de un método capaz de frenar para siempre la "rueda del samsara" sin más mediación que la palabra, por lo que el místico hallazgo abría una nueva era para el desarrollo de la conciencia humana: alguno de ellos anticipaba a gritos, invadido por el júbilo, el fin de la edad de Kali y el advenimiento de un nuevo periodo de iluminación espiritual accesible para todos los dolientes.

Retornaron a sus ciudades y pueblos trayendo consigo a los hijos del santuario, que quedaban bajo su tutela, y copias del instrumento sagrado que habían rescatado de ese mausoleo de las montañas, en el que solo quedaría polvo a partir de entonces. La fama de su existencia se propagó rápidamente, ya que en quienes lo custodiaban la tentación de hacer saber al mundo de esta salvación era irrefrenable, como si fueran ascuas, todavía encendidas, el conocimiento corroía su pecho y la urgencia les apremiaba a predicar el secreto a diestro y siniestro. En cuestión de pocos meses, sus palabras estaban en las bocas y en los oídos de todos los habitantes de los estados de Sikkim, Bihar y Bengala, que debatían acaloradamente sobre ello en los mercados, durante las ceremonias y en las casas.

En menos de medio año, en todas las comarcas del continente indio se diseminaban copias del mantra e, incluso donde las letras no llegaban, el mensaje circulaba oralmente. Más pronto que tarde no había una sola alma que no deseara aplacar la vida terrenal y reconciliarse con el prana del universo. Los centros neurálgicos de las ciudades estaban desbordados por los cientos de miles que se congregaban para despedirse de la pesadilla mundana, al igual que los bosques y las costas, tanto ancianos como niños se disputaban el honor de probar en sus propias carnes el sabor del paraíso.

Al completar la esfera terráquea las trescienta sesenta y seis vueltas sobre sí misma, de hecho, ya no se podía decir con certeza cuántos sobrevivían en lo que antes había sido llamada India, cuántos habían dejado escapar su oportunidad de huir de la ilusión, pero eran excepciones. El resto del mundo había cerrado sus puertas por temor al contagio de la inmolación de la materia, y nada entraba ni salía

de este páramo purificado. Ahora eran los últimos escasos guardianes de una realidad condenada, los reos de un desierto de recuerdos